

EDITORIAL

AGONIA DE UN PUEBLO: URGENCIA DE SOLUCIONES

Al concluir 1983 e iniciar un año nuevo se presenta la oportunidad de preguntarnos qué sucedió en los meses pasados y qué debemos intentar en los que vienen. Se presenta también la oportunidad de preguntarnos a fondo dónde estamos, qué va a ser de nosotros y qué hemos de hacer para llegar a ser lo que queremos ser. La pregunta y la inquisición no son directamente personales. Al contrario deben ir dirigidas ante todo a la realidad que vive el pueblo de El Salvador en su contexto centroamericano, regional y mundial.

Pues bien, la respuesta no es difícil. Tras el año 1983, tras los cuatro años anteriores, tras las decenas de años que dieron lugar a esos últimos cuatro o cinco, lo que define nuestra situación es lo que debiera llamarse con todo rigor "la agonía de un pueblo". La situación del pueblo salvadoreño ha de calificarse como agónica. Por todos los lados y en casi todos los niveles se escuchan estertores de muerte. No sólo siguen muriendo miles de salvadoreños individualmente considerados; es el pueblo entero el que está muriendo y son sus dirigentes los que están cavando la tumba donde quedan enterrados su vida, sus proyectos, sus posibilidades. Sin mucha esperanza de resurrección. Los pueblos y naciones que mueren nunca resucitan. Hay, desde luego, lucha por sobrevivir y en este sentido la agonía es una lucha heroica, que patentiza energías capaces de despertar esperanzas fundadas y sólidas. Pero hay también proximidad a la muerte, a la autodestrucción. Por eso debemos preguntarnos qué se puede y se debe hacer porque aquella lucha por la vida, por la supervivencia, supere al holocausto que amenaza hundirnos en un trance del que ya será muy difícil salir.

Con dolor tenemos que aceptar que lo hecho ahora y lo que hasta ahora se propone lejos de acercarnos a la vida nos está aproximando a la muerte. Quisiéramos hacer conciencia sobre ello para llegar a la conclusión de que hace falta encontrar soluciones verdaderas, prontas y eficaces, distintas de las que hoy se proponen y se ponen en marcha. Hasta aquí llega el propósito de este editorial, quedando comprometidos a desarrollar en ulteriores números de nuestra revista propuestas de solución y de operativización de esa solución.

Procederemos por pasos para mayor claridad.

1. Aunque puede decirse que el proceso ha avanzado en alguna medida, lo realizado por las partes en conflicto durante 1983, ha dejado en situación peor a la mayoría del pueblo salvadoreño.

Se enuncia aquí el hecho evidente de dos partes en conflicto, que son la gubernamental con todos sus aliados y la revolucionaria con todos sus aliados; se enuncia también la presencia de una mayoría que, cualesquiera sean sus simpatías actuales o potenciales por una u otra parte, está de hecho sufriendo contra su voluntad males cada vez mayores. Cada una de estas partes puede considerar que ha conseguido algunos avances, pero la mayoría del pueblo salvadoreño sufre una situación que sin patetismos ha de considerarse como agónica.

Como avances de la parte gubernamental suelen enumerarse el haber sobrevivido en circunstancias difícilísimas, la conclusión de una Constitución política tras casi dos años de retrasos, recortes y reticencias; la convocatoria a elecciones presidenciales para el próximo marzo; haber evitado el colapso militar y económico; alguna mejora durante los últimos meses en el rechazo público de los escuadrones de la muerte y en alguna disminución de sus actividades; la propuesta por parte de Estados Unidos de un plan general que recogería las principales propuestas de la comisión Kissinger; una mejor aceptación internacional del gobierno salvadoreño, quien por su parte se habría acercado algo al grupo de Contadora.

Como avances de la parte revolucionaria suelen enumerarse sus innegables triunfos militares que han llevado recientemente a la comisión Kissinger a confesar que con el actual nivel de ayuda militar ni siquiera se podrá preservar el actual balance militar mucho más tiempo, hasta el punto que no es inconcebible un colapso; una progresiva y dolorosa superación de las diferencias internas del FMLN que se va constituyendo cada vez más como una única vanguardia pluralista de la revolución salvadoreña; comportamiento más humanitario con los prisioneros y la población civil que ha llevado a una comprobada disminución de la violencia formalmente terrorista, por más que el grupo disidente de las FPL pueda enturbiar incidentalmente esta línea; una propuesta clara y definida de negociación; mayor respaldo internacional en favor de una propuesta de diálogo; intentos de consolidar políticamente sus triunfos militares.

Puede aceptarse que este conjunto de hechos tiene algún efecto para hacer avanzar el proceso, sobre todo si acentúan su lado positivo y debilitan su lado negativo. Pero de por sí, y si se mantienen como líneas paralelas y antagónicas por cada una de las cuales se busca una solución distinta, no traen por sí mismas la solución. No sólo no la han acercado sino que, al contrario, han producido un profundo deterioro de la situación que obliga a hablar de la agonía del pueblo salvadoreño.



Está, ante todo, la imparable violación de los derechos humanos, “la masiva violación de los derechos humanos” que repite la comisión Kissinger. Por su parte, la Asamblea General de las Naciones Unidas en una resolución aprobada con 84 votos contra 14 y 45 abstenciones dice: “persisten en El Salvador las más graves violaciones de los derechos humanos y de que, como consecuencia de ello, continúan los sufrimientos del pueblo salvadoreño”. El propio embajador de Estados Unidos dijo hace pocos meses en San Salvador: “existe muy poca duda sobre el compromiso de las autoridades en su trato con los terroristas del FMLN... Lo que ha consternado a mi país es la falta de una acción paralela contra quienes asesinan y secuestran a profesores universitarios, a médicos, líderes laborales, campesinos y empleados públicos”. La Oficina de Tutela Legal del Arzobispado en su recuento de víctimas imputadas a los cuerpos de seguridad, ejército y escuadrones paramilitares da para 1983 la cifra de 5.142 asesinatos. Tales actos no son el resultado de la guerra, la consecuencia no querida de ella, sino que son parte programada de la guerra de contrainsurgencia, tal como ha sido concebida en El Salvador con la asesoría de Estados Unidos; de hecho lo mismo ocurrió en Vietnam, Argentina o Chile donde hoy se reconoce sin tapujos que los miles de desaparecidos y asesinados lo fueron con conocimiento, aprobación e impulso de las más altas autoridades militares de los respectivos países con la connivencia de muchos sectores sociales, no excluidos los eclesiásticos. No quiere esto decir que ocasionalmente tales muertes no obedezcan a determinaciones particulares no programadas, pero aun en tales casos las violaciones se toleran oficialmente, se las excusa y se las esconde.

en un año. Por otro lado, la campaña electoral, al menos en su arranque, está demostrando la incapacidad de los candidatos y de los partidos no ya para encontrar soluciones operativas, sino incluso para analizar los problemas fundamentales del país, para enfrentarse con la verdadera agonía del pueblo salvadoreño. El descrédito de unos partidos por parte de los otros va sembrando en la conciencia popular y en la conciencia de los dirigentes empresariales, laborales, religiosos, militares, intelectuales, etc. las limitaciones que afectan a todos ellos y consiguiendo a la solución electoral como tal. Finalmente está el hecho de que una de las partes en el conflicto no participa ni puede participar en estas elecciones, como no participó ni pudo realmente hacerlo en las del 82.

Aunque es prematuro aventurar resultados de estas elecciones puede presumirse que de ellas saldrá un gobierno de alianzas, que al final puede reflejar lo mismo que ocurrió en 1982 y que tuvo que ser arreglado a toda prisa por la administración Reagan. Además, cualquiera sea el grupo predominante que salga de esas alianzas, con la excepción de un triunfo de ARENA, las dificultades provenientes de la Fuerza Armada, de los escuadrones de la muerte y de las presiones oligárquicas, harán imposible una gestión presidencial con autoridad y eficacia.

Todo ello hace sospechar que, tras la euforia nacional e internacional de los comicios, debidamente orquestada, entraremos pronto a sentir la realidad tal como es, a apreciar que nada se ha resuelto ni mejorado de forma sustancial. La guerra seguirá siendo el elemento determinante de la realidad nacional, de la vida pública. De momento las elecciones sólo prometen legitimar la guerra y de ningún modo legitimar un proceso de diálogo y negociación, que los partidos no se atreven a proponer en sus campañas, antes proponen negarse a él. Cuando hablan de la búsqueda de la paz no disimulan la necesidad de la guerra, la solución militarista.

Por el camino de estas elecciones no se resolverá la agonía del pueblo salvadoreño. Tan sólo se prolongará y se agravará.

3. La prolongación e intensificación de la guerra no traerán por sí mismas la solución.

Vista la marcha de la guerra desde la perspectiva de FMLN-FDR hay motivos para pensar en un triunfo militar o, al menos, en resultados positivos que les permitan acceder a posiciones ventajosas. No se trata tan sólo de otros ejemplos históricos como Cuba, Vietnam o Nicaragua. Se trata principalmente de los datos objetivos que se desprenden del proceso que ha seguido la guerra en El Salvador y que ha llevado a la administración Reagan y a la comisión Kissinger a la conclusión de que sin la intensificación de la ayuda militar. El Salvador estaría ya en manos



del FMLN. La ayuda de Estados Unidos a la Fuerza Armada es incomparablemente mayor que la recibida por el FMLN de otras fuentes y, sin embargo, los analistas enterados e imparciales reconocen que, aun así, la guerra va inclinándose a favor del FMLN.

Pero esto no es suficiente para concluir que la victoria militar del FMLN sea posible a corto plazo. Lo sería si Estados Unidos retirara su apoyo a la Fuerza Armada. Pero esto no va a ocurrir en ninguna circunstancia previsible. No sólo no va a ocurrir sino que va a suceder lo contrario. Tanto la administración Reagan como cualquier otra administración republicana o demócrata va a incrementar la ayuda militar a El Salvador para impedir un colapso militar de las fuerzas gubernamentales. Más aún, puede pronosticarse que es más probable una invasión militar norteamericana que una retirada de su ayuda militar. Si esto es así, debe concluirse que es improbable un triunfo militar del FMLN. Es posible que su posición militar mejore todavía más durante 1984, si es que no se diera la invasión, pero de ahí no puede concluirse la posibilidad de un triunfo militar.

Tampoco es previsible un triunfo militar por parte de las fuerzas gubernamentales. Desde luego, no lo es con los actuales niveles de ayuda militar norteamericana, con los actuales jefes militares, con los actuales planes estratégicos y tácticos. Ni siquiera los asesores norteamericanos han sido capaces de diseñar una estrategia adecuada, ni han sido capaces de entrenar a oficiales y tropa, ni han logrado mejorar la capacidad militar, pro-

fesional y moral de la Fuerza Armada. Por todo ello, la administración Reagan aumentará el grado de intervención al menos para impedir un mayor deterioro de la situación. El aumento que se busca representa la cuadruplicación de la actual ayuda militar, pero tampoco conseguirá resultados decisivos. Está probado, en efecto, que de los recursos enviados por Estados Unidos una buena parte acaba en manos del FMLN; por otro lado, no hay capacidad técnica para asimilar eficazmente ese incremento por razones de ineptitud profesional y de desmoralización. Es difícil encontrar sentido a una lucha que se prolonga durante más de tres años sin resultados positivos y en la que se están sufriendo importantes bajas y derrotas. Ni los más vencillos nacionalistas están dispuestos a que sus hijos en edad militar presten su servicio a la lucha armada; esto se deja para los campesinos, para los habitantes de los suburbios, que no entienden por qué ellos y sólo ellos han de combatir contra sus hermanos y por qué han de derramar su sangre en una guerra que no es suya.

Queda, sin embargo, la posibilidad de una invasión militar norteamericana. Tal invasión es posible y ha sido anunciada en caso de que se estuviera a punto de dar o ya se hubiera dado un triunfo militar decisivo por parte del FMLN. Si esa invasión se da, es probable que tras una larga y feroz lucha de enormes consecuencias dentro y fuera del país, el FMLN viera declinar su marcha victoriosa para quedar arrinconado a acciones marginales en un nuevo proceso de reconstitución. Pero esto tampoco salvaría al pueblo salvadoreño de su agonía. En primer lugar, porque supondría un agravamiento intolerable en términos de muerte y destrucción; en segundo lugar, porque acarrearía una inutilización profunda de la infraestructura del país; en tercer lugar, porque tras el paso genocida de las tropas norteamericanas seguiría el rebrotar de los sobrevivientes políticos y militares del FMLN, robustecidos esta vez por el ardor nacionalista de quien ha visto profanada su patria por ejércitos extranjeros.

Esta invasión posible no es probable. El pueblo latinoamericano y muchos de sus gobiernos se oponen a ella. También lo haría buena parte del pueblo nortamericano, máxime tras lo ocurrido en El Líbano. Incluso una administración como la del presidente Reagan sopesaría muy cuidadosamente los tremendos costos políticos que tal medida le acarrearía. Pero si la invasión no es probable, sí es cierta, en cambio, la amenaza de ella. Y todavía es más cierta la presencia de una intervención militar que acrecentará los actuales costos humanos y económicos de la guerra.

Por todo ello, tampoco la guerra es la solución de la agonía del pueblo salvadoreño, aunque su desarrollo pueda llevar a buscar con mayor urgencia, con mayor visión y audacia, otro tipo distinto de solución.

4. El enfoque de los problemas y la práctica correspondiente que tiene Estados Unidos respecto de El Salvador impide encontrar caminos equitativos y eficaces de solución.

Estados Unidos es uno de los elementos determinantes de lo que ha sucedido, sucede y sucederá en El Salvador. Y esto no sólo de hecho y contra su voluntad, sino por decisión cada día más consciente y firme. Poco se puede hacer en toda el área centroamericana contra la voluntad de Estados Unidos. La evidencia del intervencionismo norteamericano es grande, pero la realidad de esa intervención es todavía mayor. Es una realidad que de momento no puede soslayarse. Lo importante sería entonces que Estados Unidos tuviera un modo de actuar que, sin ir contra sus intereses nacionales formulados en términos de seguridad, fuera equitativo a la hora de las propuestas y eficaz a la hora de los resultados. Pues bien, ese modo no es en la actualidad y no lo ha sido hasta ahora ni equitativo ni eficaz. Estados Unidos ha permitido y aun propiciado que casi en su propia frontera se encuentren pueblos empobrecidos, a los que se les ha obligado a vivir como si fueran el forro de la piel del imperio, como la contrapartida real de todos los bienes ideales que se predicán de la democracia.

Estados Unidos y especialmente su administración actual debieran preguntarse por qué lo han hecho tan mal en América Latina en términos de moralidad política y de resultados prácticos, y, más en particular, debieran preguntarse por qué les ha ido tan mal en el caso de El Salvador, especialmente en los últimos cuatro años de la administración Reagan. Sólo casi tras cuatro años de fracaso ha considerado Reagan que era necesario estudiar a fondo una solución seria de los problemas centroamericanos y para ello ha nombrado una comisión compuesta de hombres competentes que, sin embargo, por confesión propia tenían muy escaso conocimiento previo de la zona, incluido el que fue secretario de Estado, encargado de los asuntos internacionales en tiempo de Nixon. No pretendemos en esta ocasión discutir aciertos y errores del informe Kissinger. Pero sí ha de decirse que su enfoque fundamental es desde Estados Unidos, para Estados Unidos y realizado por norteamericanos. Esto implica limitaciones esenciales. Contra todo lo que se dice en el propio informe, la distancia cultural, emocional, política y económica de Estados Unidos y Centroamérica es tal que la comprensión mutua es muy difícil. El sólo hecho de comprobar la diferencia entre la posición fundamental del grupo Contadora —grupo pluralista y moderado de latinoamericanos— y la posición fundamental del informe Kissinger sirve de argumento para mostrar cuán trabajoso es encontrar soluciones reales para los latinoamericanos proyectadas por norteamericanos.

La raíz fundamental del permanente desacierto está, desde luego, en las diferencias radicales que nos separan y contraponen, pero el defecto metodológico principal está en no estudiar a fondo y en no reconocer la responsabilidad enorme de Estados Unidos en lo que ha sucedido y está sucediendo en Centroamérica. Sin el examen y reconocimiento de esos dos factores con la consiguiente rectificación, no será fácil que Estados Unidos encuentre soluciones viables y firmes en Latinoamérica. Hay que aprender de la realidad actual y de la historia y no refugiarse en apariencias idealistas que tras bellas palabras esconden hechos sórdidos.

El gran esfuerzo que están haciendo algunos intelectuales norteamericanos, la mayor parte de los medios de comunicación más importantes, la Iglesia, algunos senadores y representantes, grupos de solidaridad, etc., se estrellan en la burocracia imperante en el Departamento de Estado y en la tozudez altiva de la Casa Blanca. Estados Unidos puede dejar de hacer el mucho mal que nos está haciendo, puede hacer también mucho bien, más allá del que actualmente hace en algunos sectores. Si se decidiera a cambiar de presupuestos ideológicos, de métodos de análisis, de actitud ante sus vecinos, su propia seguridad y dignidad, su credibilidad saldrían ganando. El mirar a fondo por el bien de los otros es una de las mejores formas para mirar a fondo por el bien de uno mismo.



5. Aunque un proceso de diálogo/negociación tendría posibilidades de terminar razonablemente con la guerra y de iniciar el camino de la pacificación y reconstrucción, la viabilidad de ese proceso es todavía difícil.

No es esta la ocasión de repetir las razones por las cuales pensamos que la vía del diálogo y de la negociación es una vía fundamental, todavía no transitada, para encontrar solución a la agonía del pueblo salvadoreño. Nuestra revista ha propuesto la necesidad de esta vía y su racionalidad en diversas ocasiones. Dedicó al tema uno de sus editoriales: "Diez tesis sobre un proceso de negociación" (ECA, 1983, 417-418). Seguimos manteniendo que sin transitarla con honestidad, audacia, realismo y paciencia, no hay salida ni pronta, ni segura, ni prometedora para el país. Tiene también sus dificultades. Quien analice la última propuesta del FMLN-FDR sabe que el listón del diálogo está alto, pero cuando esto ocurre lo que se necesita es prepararse para el salto o hacer arreglos para consensuar una nueva altura. Es bueno que se hagan públicas las propuestas de cada uno sin tapujos ni rebajas; entonces se conoce la base sobre la que negociar, lo cual no significa la fijación de un mínimo irreductible.

Pero este proceso de negociación, que es la única solución de las ofrecidas que todavía no ha sido intentada seriamente, aun siendo la solución más racional y más humana, desgraciadamente no parece madura para ser aceptada sobre todo por una de las partes contendientes. Ni Estados Unidos, ni la oligarquía y la gran empresa privada, ni una parte de la Fuerza Armada son favorables a la idea del diálogo y la negociación en los términos que propone el FMLN-FDR. Algo se ha ganado en cuanto se invita al FMLN-FDR a dialogar sobre las posibilidades de participar en futuras elecciones. Pero esto se hizo a través de una comisión de paz sin fuerza ni autonomía o a través de un embajador especial, Richard Stone, sin relevancia alguna y que ha terminado por dimitir. El grupo de Contadora, por su parte, estaría propiciando una solución negociada no sólo para El Salvador sino para toda la región; pero el grupo de Contadora, a pesar de las declaraciones retóricas de la administración Reagan que no quiere pasar a manos del grupo la dirección de la política centroamericana y a pesar del apoyo más serio que le prestan países de indudable solvencia democrática latinoamericanos y europeos, poco puede hacer en busca de la paz, aunque algo haya hecho en evitación de la guerra. En El Salvador, los grupos de extrema derecha coaligados en la Alianza Productiva se atreven a rechazar los esfuerzos del grupo de Contadora, porque, según ellos y para pasmo de cualquier mente medianamente ilustrada, es considerado como peligroso y como afín a las tesis marxistas-comunistas. En estas condiciones es improbable que el diálogo y la negociación se inicien y más improbable aún que traigan alivio pronto a la agonía del pueblo salvadoreño.

No quiere esto decir que deje de haber condiciones objetivas para el diálogo ni que no seamos muchos en El Salvador los que deseáramos que se emprendiese. En una encuesta que nuestra Universidad corrió entre 1.588 alumnos de nuevo ingreso en uno de sus ítems se les preguntaba por la mejor manera de lograr la paz: el 62.3% respondió que a través del diálogo, mientras que sólo un 12.1% a través de la intervención norteamericana y un 0.5% a través de las elecciones. Esto es lo que siente la juventud pre-universitaria. Pero lo mismo se desprende de otros grupos poblacionales, a pesar de que hay tanta desinformación. Uno de los sectores sociales más organizados, la UPD, también reclama la necesidad del diálogo. Lo mismo lo hace una buena parte de la Iglesia que parece decidida a emprender acciones nuevas y significativas en favor del diálogo, un diálogo que no puede quedar reducido a la participación en los próximos eventos electorales. Lástima que los partidos políticos no sean capaces de tomar una posición más positiva sobre este punto esencial para la vida nacional.

Concluamos. La agonía del pueblo salvadoreño, por un lado y, por otro, lo difícil de encontrarle remedio exigen un nuevo esfuerzo para buscar coherentemente, lúcidamente, valientemente, urgentemente soluciones. Las soluciones al pavoroso problema de El Salvador son tan urgentes como difíciles de encontrar. Por esto mismo es impostergable el tomar mayor conciencia de la gravedad creciente de la situación y al mismo tiempo tomar mayor conciencia de la urgencia de encontrar soluciones. Si esto se logra, será más fácil después encontrarlas y ponerlas en práctica. Hay que desechar el espejismo de las falsas soluciones que tan sólo alargan la agonía del pueblo. No se está haciendo lo suficiente para encontrar las soluciones válidas para la actual agonía y para la futura revivificación. Se necesita un nuevo compromiso nacional que multiplique los esfuerzos. Hay que cambiar de rumbo y hay que buscar la participación de todos en un problema que lo es de todos. No se trata sólo de patriotismo. No es sólo la patria la que está en peligro. Es un pueblo entero el que agoniza. Ambas cosas están relacionadas. Por eso ha llegado la hora inaplazable de hacer más, de hacer algo nuevo, para que esa agonía concluya cuanto antes, pero de tal modo que concluya también para siempre en pro de la vida y del bienestar del pueblo salvadoreño, de sus mayorías populares hoy más que nunca crucificadas.